

Primera parte (43 d.C.)

EN EL GOBIERNO DE CLAUDIO

CAPITULO I

Britania, año 43 d.C.

Britania, un día de primavera del año 43. La lluvia cae lentamente sobre la hierba. La niebla invade los prados y lo cubre todo: sembrados, villorios dispersos por los campos, establos y cobertizos, dejando emerger solamente las puntas de los árboles.

A ambos lados del río, dos ejércitos enemigos se disponen a iniciar una gran batalla.

Cien años atrás, las tropas de Julio César habían conquistado el sur de la isla y establecido la frontera al norte de Londinium. Tras la invasión, muchas aldeas se habían arrodillado bajo el yugo romano y rendían pleitesía a sus nuevos gobernantes.

Sin embargo, tras varios años de tregua, una tribu de guerreros, a cuya cabeza se hallaba el feroz Togodumno, se había rebelado de nuevo contra el Imperio. Varios poblados fueron saqueados y las cabezas de los legados romanos se expusieron en las plazas como gesto de provocación. Aquella rebelión tan sangrienta justificaba una nueva invasión. El emperador Claudio envió al veterano general Aulo Plaucio para que dirigiera la campaña.

Cuatro legiones partieron desde Roma. Una de ellas, la II Augusta, estaba comandada por un joven legado llamado Vespasiano. Junto a él, su hermano Tito, en el que tenía una confianza ciega.

Para Vespasiano, sin embargo, la campaña militar no se había iniciado según lo previsto. Cuando se disponían a embarcar desde el puerto de Bononia, en las costas del norte de la Galia, había tenido que hacer frente a un motín provocado por numerosos legionarios. Las tropas se negaban a seguir adelante, reacias a cruzar el mar del Norte y a luchar más allá de los límites del Imperio. Por aquel entonces, Britania era todavía un territorio desconocido y extraño; un

lugar donde abundaban las leyendas sobre unos siniestros personajes llamados druidas, cuya magia infernal era capaz de provocar el pánico a toda una legión.

A pesar de estos temores, los soldados fueron convencidos para cruzar el estrecho mar que les separaba del continente a cambio de la promesa de un jugoso botín de guerra. ¿Quién teme a la riqueza? pensaron algunos.

Pero de eso habían pasado ya unos cuantos días. Aquél era el momento que Plaucio y sus tribunos habían esperado durante tanto tiempo. Se hallaban frente a los ejércitos de Togodumno, con el río como única barrera divisoria. Las lluvias habían sido copiosas durante la primavera y el caudal mostraba su fuerza amenazadora a las tropas romanas. Los britanos, perfectos conocedores de aquellas tierras, habían desplegado sus fuerzas defensivas en una zona donde el río se ensanchaba. La tropa de infantería se había situado sobre un terreno cenagoso; los aurigas, en cambio, habían acampado en la llanura, sobre una superficie más firme y segura. A lo lejos, perdidas entre la niebla, se divisaban las chimeneas humeantes de la aldea de Tonbridge.

En la orilla contraria, decenas de soldados se dedicaban a excavar una enorme fosa alrededor del campamento. Otros permanecían en estado de alerta o preparaban las tiendas donde se alojarían los mandos. La tierra extraída se dispuso para formar un terraplén defensivo sobre el que se hundieron algunas estacas de madera a modo de valla. Finalmente el signífer¹ clavó el estandarte con la figura plateada del águila, símbolo de la legión y tesoro máspreciado. Al atardecer se dispuso la cena. En esa ocasión, unas gachas de cereales, pan y manteca. Para beber, vino barato o vinagre con agua.

Caía la noche sobre el campamento romano. La lluvia había cesado y las antorchas, situadas a lo largo de la orilla, facilitaban el tránsito de los legionarios encargados de la vigilancia. La noche era fresca y un ligero viento que soplaba a sus espaldas prestaba animación a hombres y caballos. Todo estaba en aparente calma. A pocos pasos de la tienda de Vespasiano, un grupo de soldados mataba el tiempo jugando una partida de dados alrededor de una minúscula hoguera. Los legionarios se frotaban las manos entre una y otra tirada. El superior que los comandaba, un joven *optio*² llamado Quinto, observaba sin demasiado interés las incidencias del juego.

¹ Encargado de llevar la enseña o estandarte de cada centuria.

² Suboficial de la legión.

–¿Cuándo nos llega el relevo? –preguntó Bruto, uno de los legionarios, tras lanzar los dados con fuerza sobre uno de los escudos, a modo de improvisada mesa de juego.

Quinto seguía mirando la partida sin decir nada.

–¿Falta mucho para ir a dormir, optio? –insistió Bruto.

–Deberías mostrar más respeto a tu superior, soldado –replicó Quinto, sin pestañear.

–¡Humm! No se enfade, mi excelentísimo señor. Pero dígame... ¿hasta cuándo tenemos que aguantar esta jodida mierda?

El resto de jugadores estallaron en sonoras carcajadas. El veterano legionario, de alguna manera, se había burlado de él. Quinto se vio claramente humillado y acercó la mano hasta la empuñadura de la espada con un gesto desafiante. Bruto apretó los dientes y los nudillos, mientras el resto del grupo permanecía expectante a la espera de acontecimientos.

En aquel instante una voz surgió de la oscuridad y puso fin a lo que podría haber sido el inicio de una grave trifulca:

–Ave, soldados. ¿Cómo va esa partida?

El grupo de jugadores dejó caer los dados al suelo y se puso de pie con inusitada rapidez. Quinto retiró la mano de la espada y gritó:

–¡Todos firmes!

Los legionarios obedecieron al instante, se cuadraron presurosamente y permanecieron en silencio ante aquel personaje. Se trataba del tribuno³ Salvio Flaco.

–Cuidado con éste –musitó uno de los soldados al resto de jugadores.

En efecto, Salvio era una persona muy disciplinada y su carácter no era precisamente afable. De talla alta, corpulento y con la piel oscura y bruñida por mil batallas, era muy estricto en el cumplimiento del deber. Alguien a quien mostrar verdadero respeto.

“Un hueso duro de roer”, pensó alguno de ellos.

–Vaya... –advirtió el recién llegado–, con esos gritos, los britanos van a pensar que iniciamos el ataque de manera inminente. ¿Acaso no conoces el reglamento, optio?

–Sí, señor... eso creo –respondió Quinto.

–¿Qué pretendías hacer con tu espada? –preguntó entonces.

–Nada señor, nada.

³ Oficial de una legión romana.

–Pues yo estoy convencido de que te disponías a combatir. ¿Estoy en lo cierto?

–Bueno, la verdad es que se trataba de una broma.

–¿Una broma? ¡No mientas, maldito optio!

Quinto inclinó la cabeza y notó cómo aquellos ojos grises le escrutaban sin piedad. Percibió, además, un inoportuno temblequeo en las piernas. Aunque Bruto era un soldado corpulento y musculoso, aquel tribuno le daba todavía más miedo.

–Señor –confesó finalmente–. Yo tan solo pretendía mantener la disciplina en mi escuadrón. He sido víctima de la burla del legionario Bruto.

Bruto deslizó una mirada asesina y arrugó el entrecejo como diciendo: “ya me las pagarás, estúpido optio”.

Salvio se percató de la situación y alzó la voz con rabia.

–¡Basta ya! –gritó–. No toleraré estas faltas de disciplina. Optio –dijo a continuación, señalando, rozando casi con el dedo la frente de Quinto–, quedarás arrestado durante tres días. Y en cuanto a ti, soldado, cincuenta azotes en la espalda acabarán con tu insolencia. ¿Entendido?

Sin dar ninguna opción a la réplica, Salvio desapareció de manera tan fulgurante como había llegado. Se volvió a mascar la tensión entre los soldados. Quinto apoyó de nuevo la mano sobre la empuñadura de su espada, dio unos pasos atrás sin desviar la mirada sobre Bruto y se alejó unos metros de la hoguera. Sin duda, iba a tener serios problemas con aquel legionario, uno de los cabecillas del motín de Bononia y conocido por su carácter violento y retorcido. A partir de aquel momento debería tener las espaldas bien cubiertas si no quería jugarse el cuello.

A la mañana siguiente, a orillas del río Támesis.

Vespasiano era un hombre de complexión cuadrada, con los miembros fuertes y robustos, de cabellos abundantes, rostro afeitado y ojos azules. Gozaba siempre de una excelente salud y no tenía resentimiento para ofensas y enemistades. Aquella mañana sonreía, mientras bajaba la colina a trote ligero al frente de su guardia. Tito le esperaba con impaciencia montado en su caballo, espléndidamente ataviado para la ocasión. Ambos se cruzaron una mirada de complacencia.

–¿Crees en las batallas perfectas?

Tito sonrió, pese a la temperatura gélida que le paralizaba por completo a esas horas de la mañana. ¡Menuda pregunta! Ya se estaba acostumbrando a los acertijos de su hermano.

–Tal vez –respondió, mientras se ajustaba la capa alrededor del cuello–. Aunque la perfección, como ya sabes, no es más que una pulida colección de errores. Yo, por ejemplo, admiro con pasión el templo de las Cariátides, desde que tuve ocasión de viajar hasta Atenas. Es una obra perfecta, sublime... Otros, en cambio, no ven en él más que un montón de piedras.

–Curiosa definición –admitió Vespasiano–. Y bella, sin duda –añadió.

–De todos modos –continuó hablando Tito–, tu pregunta me resulta un tanto...

–¿Ridícula?

–No he pretendido decir tal cosa, pero...

–Siempre fuiste muy diplomático –respondió Vespasiano–. Y no te lo reprocho, créeme, pues yo mismo te he enseñado a actuar con esa astucia que tanto nos caracteriza. Así somos los Flavios⁴, ¿verdad? Agazapados como las panteras, sabemos en qué momento atacar a nuestra presa. Tenemos esa rara habilidad para solventar los problemas sin mancharnos la toga.

–¡Dómine! –exclamó Tito, sin percatarse de que lo había interrumpido–. Vespasiano se detuvo ante él.

–Hermano –dijo, clavándole las pupilas–. La perfección es el adjetivo que nos define y la que logrará que lleguemos a lo más alto.

–¿Debería exclamar “Ave César”, o tal vez sea demasiado pronto?

–Ojalá supiera la respuesta. No sé muy bien cuándo sucederá lo que dices. Te aseguro, sin embargo, que hoy la victoria está en nuestras manos. Durante los preparativos de la campaña tuve ocasión de acudir al templo de Juno. Allí reclamé mis peticiones a los sacerdotes a cambio del sacrificio de tres venados. Pude escuchar la opinión de los augures⁵.

–¿Hallaste alguna respuesta?

–No. Ellos no supieron interpretar los augurios con claridad. Me enfadé y decidí acudir a los nigromantes⁶.

–¿Acudiste a los nigromantes? –repitió Tito.

–Así es –admitió Vespasiano.

⁴ Pertenecientes a la dinastía Flavia, una casa de emperadores romanos que comprendió a tres gobernantes: Vespasiano, Tito y Domiciano.

⁵ Sacerdotes que practicaban oficialmente la adivinación.

⁶ Magos que practicaban la adivinación mediante la consulta de las vísceras de los muertos.

–Me sorprendes, hermano. Esos brujos no merecen respeto. No son más que enajenados que invocan a la muerte con su magia negra.

–Y sin embargo –replicó Vespasiano–, fueron capaces de predecir la victoria contra nuestros enemigos. Según sus visiones, Britania será muy pronto una nueva provincia en manos de Roma.

–¡Vaya! –exclamó Tito, algo decepcionado–. Hablas de ellos como si fueran dioses.

–Tal vez. Pero presumo también de tener la cabeza fría y los pies en el suelo. La magia es un hecho fascinante hasta que se enfrenta con la cruda realidad.

–¿Y cuál es la realidad en estos momentos?

–Los informes de nuestros espías no dejan lugar a dudas: las tropas britanas no son tan superiores en número como pensábamos.

–¡Bien! Eso es un gran comienzo –interrumpió Tito.

–Carecen de armas ligeras capaces de igualarse a nuestra avanzada ingeniería militar. En cuanto a su estrategia...

–¿Mediocre? –volvió a interrumpir.

–¡No existe! –sentenció Vespasiano.

–¡Vaya! Era justo lo que yo pensaba –ironizó Tito.

Vespasiano dio un tirón al caballo y éste dobló la cabeza y se detuvo. Miró fijamente a su hermano y vio en aquel rostro el paso del tiempo; los años que llevaban juntos desde que abandonaron Falacrina, su ciudad natal. Entonces le dedicó una mirada tierna y condescendiente.

–Recuerda Tito... ¡siempre juntos, siempre unidos!

–Gracias hermano. No puedes imaginar hasta qué punto me conmueven tus palabras. Te noto hoy, no obstante, demasiado excitado. ¿Qué clase de fiesta organizasteis anoche en la tienda del viejo Plaucio?

Vespasiano dejó escapar una sonrisa y golpeó cariñosamente la espalda de su hermano. Éste le devolvió el gesto. La escarcha cubría cada rincón de su uniforme pero, por unos instantes, el afecto de su hermano mayor le reconfortó. Ambos cabalgaron al encuentro de Plaucio sabiendo lo especial que era aquella mañana. La superioridad de las legiones romanas frente a sus enemigos era un hecho indiscutible. Y además, la conquista de Britania posibilitaría el ascenso de los Flavios al Senado de Roma.

El general Plaucio conversaba con el tribuno Salvio en voz baja, los dos ante la ordenada formación de las tropas. Miró al frente y los vio llegar. Sabía que aquellos dos hermanos no tardarían demasiado en ocupar cargos relevantes en

el gobierno. Él, en cambio, se veía como un anciano falto de fuerzas, poco dispuesto a lidiar con otros candidatos al Senado. El retiro, una villa en el campo, sus nietos... tal vez Britania fuera su última campaña.

—A la orden, mi general —saludó ceremoniosamente Vespasiano, mientras tensaba las riendas de su caballo.

—Te veo muy despierto a estas horas de la mañana —apuntó Plaucio—. Sobre todo, tras el festín que organizasteis en mi propia tienda.

—Señor, fresco como una rosa y dispuesto a servirte.

—Lo sé, lo sé —dijo—. Y muy pronto serán otros los que te sirvan a ti. No lo dudes. Te miro y me veo a mí mismo en los tiempos del Divino Augusto, cuando yo no era más que un tribuno imberbe. Pero... dejémonos de lamentos. Permite que me dirija a las tropas. Tal vez no halle otra ocasión de volver a hacerlo.

Las trompetas resonaron de forma estridente. Era la señal que indicaba el inicio de la batalla. Plaucio levantó la mano de manera pomposa y, al instante, los quince mil soldados cesaron en sus murmullos. El silencio era sobrecogedor.

—¡Soldados! ¡Soldados de Roma! —exclamó—. Hace casi un siglo, nuestro antecesor más laureado, el glorioso Julio César, desembarcó en las mismas playas donde habéis puesto vuestros pies. Con un ejército muy inferior al nuestro, logró avanzar tierra adentro y se enfrentó a los britanos, a pocas leguas de donde nos hallamos. Pese a que el enemigo era más numeroso, el resultado fue una aplastante victoria de nuestras tropas. Exterminaron a aquellos salvajes y pacificaron un territorio que ahora se ha rebelado de nuevo contra nuestra autoridad. ¡Salvajes insolentes! Hoy, coincidiendo con el día sagrado de Júpiter y bajo la estela de su advocación, Roma nos concede la ocasión de rememorar aquella gesta tan gloriosa, con una aplastante victoria.

Los legionarios iniciaron los gritos y los cánticos de guerra golpeando sus espadas contra los escudos. El sonido metálico era ensordecedor. Quinto, el optio, se hallaba entre las filas de aquellos soldados que ocupaban toda la orilla del río. Inquieto, expectante ante su primera batalla, trató de aplacar los nervios golpeando sus cáligas⁷ contra el suelo, pero no pudo evitar el miedo a lo desconocido. Bruto, en cambio, sonreía y bromeaba con los legionarios que permanecían a su lado. Para él se trataba tan solo de otra batalla. ¡Había luchado en tantas! Los dos se hallaban perdidos entre la marabunta de soldados, mientras las armaduras y los cascos reflejaban el tibio sol de la mañana.

⁷ Sandalias atadas, hechas de cuero, que llevaban los soldados de las legiones romanas.

La noche anterior, en la tienda del general Plaucio, se habían reunido los mandos de las cuatro legiones: la Hispana, la Gémina, la Valeria y la Augusta. Entre los tribunos militares existía una gran rivalidad, fruto de antiguas rencillas surgidas en otras campañas y que habían llevado a enfrentamientos muy graves. Cada legión se consideraba superior al resto: por sus laureados triunfos, por la bravura de sus hombres, por el cuidado exquisito que daban a sus armas, por ser la más veterana... Plaucio era una persona precavida y temía que la reunión se alargara más de lo debido. Antes de iniciar su exposición, llamó a uno de sus sirvientes. Éste apareció en la tienda sosteniendo una bandeja con copas de vino, un caldo exquisito procedente de los latifundios de Prosecco, en la Campania⁸. Los tribunos sonrieron e inmediatamente se abalanzaron como bárbaros sobre el pobre esclavo. Cuando Plaucio observó que el ambiente era más distendido, chasqueó los dedos, el camarero salió de la tienda y el general se dirigió a los tribunos con un gesto solemne:

–Según los informes de nuestros espías –aseguró–, el grueso de las tropas britanas se halla muy cerca de nosotros. A unas tres millas, aproximadamente. Nos enfrentamos a un ejército cuyo modo de luchar es diferente al nuestro. Los britanos son más organizados de lo que pensábamos. Avanzan primero con sus carros, disparando dardos y flechas. Mientras tanto, los aurigas van retirándose poco a poco de la batalla y sitúan los carros de tal modo que, si aquellos se ven apremiados por el enemigo, tienen libre la retirada hacia los suyos. De esta manera suman en la batalla la rapidez de los jinetes con la firmeza de los infantes.

Vespasiano mostró su decepción y maldijo en voz baja a los nigromantes. Si pensaba que los britanos eran una horda de indisciplinados salvajes, Plaucio le había hecho ver todo lo contrario. El general desplegó un pergamino enorme sobre la mesa y señaló un punto concreto del mapa. Dirigió su mirada hacia Salvio:

–Tu misión consistirá en hallar una zona que permita el paso de tus hombres a través del río. Deberéis llevar las armas sobre vuestras cabezas. Cuando alcancéis la orilla contraria, dirigíos hasta Tonbridge. Matad los caballos que podáis y prended fuego a las casas. ¿Entendido? Quiero que llaméis la atención de esos salvajes. Aprovecharemos la confusión para desplegar un puente sobre el río y atacaremos por la retaguardia.

Salvio asintió con ciertas dudas. Era un plan aceptable pero arriesgado. Entre las tropas existía un nutrido grupo de soldados bátavos, considerados unos

⁸ Región del sur de Italia, en la costa del mar Tirreno.

excelentes nadadores. Eran expertos en tácticas de guerrilla y envidiados por el arrojo que mostraban en cada una de las batallas. Sin embargo, ¿quién podía asegurar que superasen las peligrosas corrientes del río? Confiaba plenamente en sus hombres, pero también le preocupaba el ambiente enrarecido que se respiraba últimamente: el motín en las playas de Bononia, las quejas por la escasez de comida e incluso aquella estúpida discusión entre Quinto y Bruto que había presenciado la noche anterior.

Pero lo que realmente le angustiaba era saber cómo estaría su familia. ¿O acaso no estaba luchando por ellos?

Permaneció en silencio, cerró los ojos y sus pensamientos le transportaron dos años atrás.

Por aquel entonces, él era un joven tribuno que vivía en Roma y había llegado a ser uno de los hombres de confianza del emperador. La mano derecha de un loco capaz de amar con la inocencia de un niño y cometer, al mismo tiempo, las mayores atrocidades.

La última vez que se vieron, Calígula le había ofrecido un cargo importante: ocupar uno de los asientos del Senado. Salvio recordaba perfectamente aquellas palabras:

"Has demostrado ser un ayudante fiel y abnegado. Ocuparás el lugar que te corresponde. Sustituirás a Cerrusio en la bancada de la Curia⁹".

Aquella misma tarde Calígula había ordenado la decapitación de Cerrusio. El cuerpo sin cabeza del senador fue arrastrado por las calles de la ciudad ante la mirada incrédula y horrorizada de los ciudadanos. Así actuaba Calígula. Sus últimos días de gobierno fueron testigos de una crueldad sin límites. Aun conociendo el carácter enajenado del emperador, Salvio no dudó en mostrarle su más profunda lealtad. Las puertas del Senado estaban abiertas para él.

¿Y Mesalina? ¡Ah, bella Mesalina! Él la amaba con locura y hubiera dado la vida por cumplir sus deseos. Mesalina, fiel esposa; nacida para ser una reina, una diosa... ¡La echaba tanto de menos!

Se acordó también de Marco, su único hijo. Muy pronto cumpliría diez años. Pobre Marco. Enfermizo, débil, criado siempre entre algodones... podría haber muerto aquella tarde de las calendas de febrero.

Aquel fue el día que asesinaron a Calígula. Salvio se hallaba en el teatro acompañado de su esposa. Asistían al estreno de una de las tragedias más conocidas de Eurípides: Medea.

⁹ Edificio donde se reunía el Senado. Solía ubicarse en el foro de la ciudad.

La historia relataba las desventuras de Jasón, amante de Medea. Jasón se había prometido en matrimonio a Glauce, ante el espanto de Medea, que vio su lecho deshonorado. Creonte, el padre de la novia, ante el temor de que Medea se vengara, había ordenado su destierro inmediato. Pero Medea pidió un solo día de plazo para salir del país. Ese plazo lo aprovechó para realizar unos presentes a Glauce: una corona de oro y un peplo que causaron la muerte por el simple contacto. La joven Glauce murió de forma horrible. Creonte lloraba sin consuelo ante el cadáver de su hija:

– “No parece sino que un dios ha acumulado en este solo día merecidos males contra Jasón. ¡Oh hija desventurada! ¡Cuánto deploramos tu desdicha, pues que, por casarte con Jasón, has bajado al palacio del dios de las tinieblas!”

Tras perpetrar aquel asesinato, Medea se sintió obligada a matar también a sus propios hijos, para evitar que otras manos les quitaran la vida y vengaran la muerte de Glauce:

–“He resuelto, ¡oh amigas!, matar cuanto antes a mis hijos y huir de esta tierra, y no perderé el tiempo encomendando su muerte a manos más enemigas; sin remedio deben morir, y como es preciso, yo que los procreé, los mataré también”.

La obra finalizaba con Medea subida en el carro de Helios, con quien ya tenía pactada su huida a Atenas para evitar las iras de la familia de Creonte.

El público se levantó de sus asientos y aplaudió a rabiar. Los actores agradecieron el gesto y saludaron desde el escenario. Nadie podía imaginar, en aquel instante, que la tragedia de Eurípides se convertiría en realidad.

De regreso a casa oyeron unos rumores que se extendían por el foro como un reguero de pólvora. Dos legionarios conversaban agitadamente bajo el pórtico del templo de Saturno.

Salvio se acercó a ellos y preguntó:

–¿Qué pasa? ¿Por qué gritáis?

–Han dado muerte a Calígula –respondió uno de ellos–. Los soldados de la guardia imperial reclaman venganza y están asaltando las dependencias de palacio. Aseguran que se está produciendo un verdadero baño de sangre.

Mesalina reaccionó de inmediato. Cogió a Salvio por el brazo y casi se lo arranca.

–¡Oh, por todos los dioses! Nuestro hijo está allí. ¡Vamos!

Salvio y Mesalina corrieron en busca de su hijo. Por los jardines que rodeaban el palacio de Calígula se escuchaban gritos de auxilio y ruidos de espadas.

Dos horas antes, en un pasadizo subterráneo de la antigua Domus tiberiana, Sabino había acuchillado al emperador. Calígula se encontraba algo indispuesto y decidió dar un paseo. En su camino, debía pasar por una bóveda donde ensayaban algunos actores llegados desde la lejana Bitinia. Se desvió hacia el largo túnel para saludar a aquellos artistas. Querea y Sabino habían seguido sus movimientos a distancia. Vieron que había echado a andar y que la luz de las antorchas era muy débil. Constataron, sorprendidos, que los guardaespaldas no le acompañaban. El emperador estaba completamente solo.

–Ahora –susurró Querea–. Es el momento. ¡Mátalo!

Sabino se acercó a él y le hirió violentamente en el cuello con la espada. Calígula se desplomó contra el suelo y gritó que aún vivía, pero Sabino le asestó varias puñaladas más que acabaron finalmente con la vida del emperador. Cuando los guardaespaldas de Calígula llegaron para socorrerlo era demasiado tarde. Éste yacía muerto bajo las bóvedas de aquel pasadizo. Entonces, juraron venganza y salieron a la calle tratando de hallar al culpable.

Ahora estaban en el interior de aquel palacio.

Salvio y Mesalina recorrieron todas las estancias, pasillos, escaleras... con un palpito nervioso, los labios secos de angustia, mirando de un sitio a otro. El palacio de Calígula se había convertido en un laberinto donde, en cada esquina, la muerte estaba presente.

–¿Dónde está mi hijo? –gritaba Mesalina, llena de angustia.

Cuando por fin lo hallaron, éste se encontraba a salvo. Se agarraba con fuerza a los brazos de una esclava, temblando y con los ojos desorbitados. Samira, la fiel sirvienta de la familia, lo había encontrado tras unas cortinas en la habitación de Julia, la hija pequeña de Calígula. En el rostro de Marco se percibía el horror vivido momentos antes. El cadáver de la pequeña Julia permanecía sobre un charco de sangre coagulada, con el cráneo abierto y uno de los ojos aplastados. Salvio apartó a su hijo bruscamente hacia un lado para evitar que contemplara aquel horror. Samira, mientras tanto, arrancaba una de las cortinas y cubría el cuerpo mutilado de la niña.

La esclava les advirtió del grave peligro que corrían. Salvio era el mejor amigo de Sabino, el asesino de Calígula. Sería, por tanto, uno de los primeros en ser arrestados y ejecutados por traición.

–Los soldados andan por todas partes. Han enloquecido. ¡Deben esconderse! Es muy peligroso salir de aquí –insistió Samira.

Salvio, finalmente, se dejó convencer por la sirvienta. En aquella situación lo más prudente era proteger a su familia. De nada hubiera servido enfrentarse a unos hombres armados hasta los dientes y ávidos de sangre.

–¿Qué hacemos entonces? –exclamó Mesalina.

Aterrados, entraron en uno de los dormitorios, atrancaron la puerta y se escondieron bajo una cama. Samira habló de nuevo con su amo:

–Mi señor, no se mueva de aquí. Aguarde con su familia hasta que yo regrese con ayuda. ¡Confíe en mí!

Aquella misma noche los vinieron a socorrer.

Ostasio era muy amigo de Samira y había sido uno de los criados de Calígula. Asumiendo un riesgo enorme, les ayudó a escapar de palacio a través de un pasadizo secreto que conocía desde niño y que llegaba hasta el Campo de Marte.

Una vez fuera de las murallas, Ostasio los camufló en un carro que transportaba heno y condujo los caballos hasta las afueras de la ciudad.

Desde allí iniciaron un largo camino hacia Scauri, Genua, Marsilia, Narbo Martius... Atravesaron los Pirineos y siguieron por la vía Domitia en dirección a Tarraco, ciudad donde vivía un tío de la familia llamado Aldano.

El último acto de la tragedia había finalizado.

–Tribuno... ¿te encuentras bien?

Plaucio había levantado la voz y le observaba con cierta desconfianza. Pensó que el vino había actuado con demasiada rapidez.

Salvio abrió los ojos y volvió a la realidad. Se hallaba en la tienda de aquel general casposo, en las marismas de un río desconocido, en un territorio inhóspito donde, muy pronto, se iniciaría una batalla decisiva. Soñar era lícito. Si regresaba victorioso de aquella campaña, podría aspirar de nuevo al Senado de Roma y complacer a su adorada Mesalina.

¡Cómo pensaba en ella! ¿Qué estaría haciendo en aquel momento?